

MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

REVISTA
COLOMBIANA
DE
ANTROPOLOGIA

ORGANO DEL INSTITUTO

VOLUMEN XIII

BOGOTA, D. E.
IMPRENTA NACIONAL
1 9 6 7

REVISTA COLOMBIANA DE ANTROPOLOGIA

ORGANO DEL INSTITUTO COLOMBIANO DE ANTROPOLOGIA

MINISTRO DE EDUCACION NACIONAL:
Dr. GABRIEL BETANCUR MEJIA

DIRECTOR DEL INSTITUTO COLOMBIANO DE ANTROPOLOGIA:
Dr. MANUEL JOSE CASAS MANRIQUE

SUBDIRECTOR:
Dr. FRANCISCO MARQUEZ YAÑEZ

Volumen XIII

—

Años de 1964 -1965

SUMARIO:

Pág.

1. *Eliécer Silva Celis*. Una inspección arqueológica por el alto río Minero 9
2. *Manuel Lucena Salmoral*. Gramática chibcha del siglo XVII ... 31
3. *María Rosa Mallol de Recasens* y *José de Recasens T.* Contribución al conocimiento del Cacique-Curaca entre los Siona 91
4. *Nina S. Friedemann*. Ceremonial religioso funerario representativo de un proceso de cambio en un grupo negro de la Isla de San Andrés (Colombia) 147
5. *María Rosa Mallol de Recasens* y *José de Recasens*. Dibujo infantil y personalidad cultural en la Isla de San Andrés 183
6. *Sergio Elías Ortiz*. Estatuas prehistóricas de piedra del valle de Chimayoy 215

| | <i>Pág.</i> |
|--|-------------|
| 7. <i>Erika Wagner, I. V. I. C.</i> Arqueología andina venezolana. | 227 |
| 8. <i>Eliécer Silva Celis.</i> Antigüedad y relaciones de la civilización chibcha | 239 |
| 9. <i>Nina S. Friedemann.</i> Tenencia de tierras, un factor de marginación socio-económica en una comunidad rural | 267 |
| 10. <i>Francisco Márquez Yáñez.</i> Notas informativas | 287 |
| 11. <i>Francisco Márquez Yáñez.</i> Notas bibliográficas. | 295 |

INSTITUTO COLOMBIANO DE ANTROPOLOGIA

PERSONAL TECNICO

ESCUELA DE ANTROPOLOGIA:

Director: JOSÉ DE RECASENS.

Secretario: FRANCISCO MÁRQUEZ YÁÑEZ.

Sección de Etnografía:

María Rosa Mallol de Recasens.
Joaquín Parra Rojas.
Michel Romieux.
Gonzalo Correal Urrego.
Nina S. Friedemann.

Sección de Arqueología:

Luis Duque Gómez.
Gerardo Reichel-Dolmatoff.
Eliécer Silva Celis.
Julio César Cubillos Ch.
Vidal Antonio Rozo Díaz.
Joaquín Parra Rojas.

Sección de Folclor:

María Rosa Mallol de Recasens.
Yolanda Mora de Jaramillo.
Nina S. Friedemann.
Milina Muñoz V.
Francisco Márquez Yáñez.

Sección de Antropología Cultural:

Francisco Márquez Yáñez.
María Rosa Mallol de Recasens.
Yolanda Mora de Jaramillo.
Nina S. Friedemann.

Sección de Museología:

Vidal Antonio Rozo Díaz.
Jorge E. Lesmes Torres.
Roberto Alvarez Luna.

Sección de Etnohistoria:

Kathleen Rómoli de Avery.
Sergio Elías Ortiz.
Manuel Lucena Salmoral.

Laboratorio Fotográfico y de Sonido:

José M. Enríquez Girón.
Carlos E. Garibello Aldana.

Sección de Lingüística Aborigen:

Manuel José Casas Manrique.
Sergio Elías Ortiz.
Manuel Lucena Salmoral.

Biblioteca:

Beatriz Lozano de Orozco.

La responsabilidad de las ideas emitidas en la Revista Colombiana de Antropología corresponde exclusivamente a sus autores.

La colaboración es rigurosamente solicitada.

No se devuelve la colaboración espontánea ni se mantiene correspondencia sobre ella.

Toda correspondencia debe dirigirse a:
INSTITUTO COLOMBIANO DE ANTROPOLOGIA
Apartado Nacional 407 – Bogotá, D. E., Colombia

UNA INSPECCION ARQUEOLOGICA POR EL ALTO RIO MINERO

Por ELIECER SILVA CELIS

En cumplimiento de una comisión oficial ad honórem otorgada por el Instituto Colombiano de Antropología, viajé el pasado 23 de abril hacia las veredas de Santo Domingo y Cañaveral, jurisdicción del Municipio de Buenavista, en el W de Boyacá, en compañía del señor Desiderio Sánchez, quien me sirvió de guía y en cuya casa hube de hospedarme. El propósito de esta comisión fue el de realizar algunos reconocimientos de hallazgos arqueológicos que, en plan de g.uaquería, vienen haciendo de tiempo atrás los habitantes campesinos de las fracciones mencionadas.

PANORAMA GEOGRAFICO Y HUMANO

El territorio de Santo Domingo y Cañaveral comprende una amplia depresión cordillerana que, abierta al NE desciende lenta e irregularmente en tal dirección, lo mismo que numerosas quebradas y riachuelos que van a engrosar el caudal de aguas del río Minero en su curso superior derecho.

Las tierras son excepcionalmente fértiles, pero muy quebradas y húmedas, siendo, además, bastante montañosas. En épocas de verano la comarca en referencia se ve azotada por fuertes vientos y remolinos, que afectan considerablemente la agricultura. Según informan los campesinos, los cultivos de maíz, yuca y plátano, son los más afectados.

El café, la caña de azúcar, la yuca y el maíz, son los principales productos cultivados. Las frutas son abundantísimas, siendo la naranja, la papaya, el plátano y el aguacate, las más cultivadas. Los renglones industriales son los agropecuarios. La ganadería, con la raza antioqueña o "blanco orejinegro", a la cabeza, la explotación del café y la elaboración de miel de caña, que sacan a los mercados de Chiquinquirá y Tunja, son de gran consideración. La riqueza minera es notable, especialmente en esmeraldas, cobre y carbón.

En el momento actual, la población es poco numerosa y las habitaciones, casi todas pajizas, se ocultan generalmente en medio de bosquecillos.

Aunque por la parte inferior del territorio que consideramos pasa la carretera que de Chiquinquirá conduce a Muzo, el acceso a tal vía es bastante difícil tanto por la falta de caminos como por la fragosidad del suelo y las numerosas quebradas, carentes de puentes, que en invierno se convierten en torrentosos ríos.

Hasta hace poco tiempo reinó en las mencionadas veredas un foco de violencia, cuyas secuelas aún se manifiestan en la actitud de los actuales moradores, no solo entre sí, sino frente a los forasteros. La desconfianza ante los extraños y las mismas disensiones interfamiliares vinieron a acentuarse desde hace varios meses con ocasión de los primeros y casuales hallazgos arqueológicos, entre los que se destacan abundantes joyas de oro, cerámica y esmeraldas. La fiebre por los tesoros indígenas existentes en lo que los campesinos llaman "guacas" (tumbas) invadió la mente campesina y ha fomentado la codicia de todos los habitantes, los cuales se han dedicado a buscar y abrir tumbas y cavar por todas partes.

EXAMEN OCULAR DE LA ARQUEOLOGIA

Durante el corto tiempo (dos días) de visita a la región, observé un receso en la g.uaquería impuesto por el fuerte invierno que azotaba aquella comarca. Mi permanencia allí tuvo que ser muy corta por razón de la actitud de desconfianza y un tanto hostil de las gentes.

Con la buena cooperación del señor Desiderio Sánchez reconocí, a pie, gran parte de la zona arqueológica, la cual considero excepcionalmente importante para la prehistoria colombiana. De la inspección ocular, ayudada en cada caso de repetidas encuestas hechas a los campesinos g.uaqueros, pude establecer los siguientes interesantes hechos:

1º En terrenos que abarcan buena parte de las dos mencionadas veredas existe una inmensa y rica zona arqueológica. Por desgracia, gran parte de ella ha sido dañada por los buscadores de tesoros. Calculo que no menos de 400 tumbas habían sido saqueadas. Los más cautivantes resultados de los trabajos de g.uaquería, hechos por sobre y contra la ley de protección de monumentos históricos y arqueológicos, han sido abundantes objetos de orfebrería precolombina, que están siendo vendidos en Bogotá a nacionales y extranjeros. De todas las joyas solo una pequeña parte fue ofre-

cida y vendida al Museo del Oro del Banco de la República. Las esmeraldas, los objetos cerámicos y líticos están siendo objeto de una especulación semejante, tanto en Bogotá como en Chiquinquirá. No obstante, los campesinos conservan en este momento colecciones de elementos arqueológicos culturalmente muy apreciables. Con no pocas dificultades me fueron mostradas algunas piezas arqueológicas.

2º Por el examen ocular directo de los despojos de las excavaciones, practicadas como era natural sin ninguna técnica, y con la ayuda de encuestas formuladas a varios campesinos y guaqueros, pude reconstruir y poner en claro la existencia de los siguientes tipos de tumbas:

a) Tumbas de corte rectangular (1.20 por 0.80 metros, en promedio), de variable profundidad, con paredes, base y cubierta forradas totalmente con lajas de piedra pizarrosa de mediano espesor (8 cms. en promedio) pero generalmente de buen tamaño (Fig. 1-a). En esta clase de sepulcros el muerto debió ser colocado unas veces con los miembros algo recogidos y, en otras, con el cuerpo extendido;

b) Tumbas de pozo vertical, de contorno circular, poco profundo, clausuradas, casi siempre, por medio de una losa plana, toscamente redondeada. Inmediatamente por debajo de dicha losa aparece una capa muy compacta de arcilla de color variable, que cubre el relleno de la fosa. La estrechez de la tumba (50 a 60 cms. de diámetro) indica que el cadáver fue dispuesto sentado con los miembros replegados contra el pecho (Fig. 1-b). Variante de este género de sepulcro es la tumba de pozo de corte o sección oval, poco profunda y clausurada, no siempre, por medio de una o más piedras planas con reborde algo arreglado. La disposición del muerto en este tipo de sepultura, cuyo diámetro mayor no fue superior a 90 centímetros fue la posición dorsal o la de decúbito;

c) Tumbas de pozo bastante profundo (4-5 o más metros) con entrada y desarrollo circular o rectangular y cámara lateral abierta en el fondo (Fig. 1-c). A estos sepulcros se descende a veces mediante escalinatas labradas en el mismo terreno, al tiempo de abrir la tumba.

El tipo de sepulcro b) y su variante aparecen muy próximos entre sí, en sitios distintos, aunque no lejanos, de los lugares en donde se han hallado los tipos a) y c). Estos últimos ofrecen variantes, cuya descripción omito en vista de que las informaciones no fueron suficientemente claras y precisas.

Una forma especial de entierro ha sido frecuentemente registrada, a saber, la inhumación en urnas, con tapa constituída por otra vasija entera. Por los datos varias veces verificados, pude darme cuenta de que las vasijas de barro contentivas de los restos óseos son apenas suficientes para recibir los huesos del esqueleto. Por consiguiente, es seguro que se trata de entierros secundarios practicados con osamentas después de haber perdido las partes blandas. No fue posible establecer plena claridad sobre el tipo general de tumba en que aparecieron las urnas funerarias, pues como a los campesinos lo que les interesaba era cavar y remover terrenos arqueológicos en busca de tesoros, en muchos casos los sepulcros no fueron completamente desocupados o se derrumbaban por la mala dirección del trabajo.

Información no menos interesante fue la de que al cavar a cierta profundidad, en lugares próximos a las tumbas del tipo b) y de su variante, fueron hallados grandes pedazos de vasijas con restos óseos humanos no incinerados.

3º Prácticas rituales particulares, varias veces halladas por los guaqueros, han sido las siguientes: a) Hoyos medianos, rellenos solo de carbones grandes de madera; b) Pozos grandes y medianos completamente llenos de arena lavada "como de quebrada" (lenguaje de mis informantes), c) Fosos grandes y medianos rellenos de piedra mediana, entera y fragmentada.

4º Por las pocas piezas cerámicas y líticas que con dificultades me fueron mostradas en tres casas campesinas, pude establecer: a) La presencia de la civilización chibcha, con sus rasgos característicos; b) La existencia de un complejo cultural, cuyos principales elementos armonizan, unos, con lo ya conocido de la arqueología de la hoya del Magdalena y, otros, con culturas situadas bien al W del mencionado río.

La cultura chibcha la hallamos representada con la olla globular mediana, provista de dos o cuatro asas, que unen el borde con la parte superior del cuerpo; la típica copa, de pedestal troncocónico, con el borde exterior ornamentado con pintura o modelado figurando la serpiente, y la doble y pequeña vasija globular unida por el centro de su respectivo cuerpo y, en la parte superior, mediante un puente, que relaciona los correspondientes cuellos altos y estrechos de tales recipientes; en fin, el tortero o volante de huso en piedra, de formas variadas, ornamentado a base de los característicos grabados rellenos de pasta blanca.

Del complejo cultural no chibcha indicamos: un grupo cerámico caracterizado por recipientes de cuerpo globular o subglobular,

grandes y medianos, decorados a base de símbolos curvilíneos (principalmente espirales) incisos, anchos y profundos, solos o en combinación con líneas de puntos y esquemas geométricos (ángulos y rombos) igualmente incisos y, en algunos casos, combinados con motivos pintados en color rojo (Fig. 2). Varios ejemplares de este grupo los encuentro notablemente análogos a piezas del río de La Miel, presentados por Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff (1943). Otros, a vasijas extraídas del cementerio indígena de La Cimitarra (Santander) y publicados por Félix Mejía (1943). Del mencionado grupo hace parte una copa de pedestal troncónico bajo provisto de sonaja. Un segundo grupo lo tipifican vasijas altas, de cuerpo globular o subglobular de escaso diámetro, con pedestal troncónico bajo; algunos ejemplares de esta cerámica exhiben en el cuello representaciones antropomorfas modeladas y, en la parte superior u hombro del recipiente, figuras zoomorfas igualmente modeladas, entre las que fue posible reconocer el lagarto y el armadillo. Varias vasijas presentan, al mismo tiempo, hermosos motivos pintados formando conjuntos o zonas (Fig. 3). Sorprendentes similitudes encuentro entre formas y estilos ornamentales de varias vasijas de este grupo y la cerámica de Ricaurte, así como también con ejemplares de la alfarería Panche del Museo Arqueológico Nacional, estudiada por Edith Jiménez y Blanca Ochoa Sierra (1944). Como en Ricaurte y en la cerámica Panche, en Santo Domingo, la nariz de la representación humana exhibe nariguera anular en idéntica disposición. Anotamos que el armadillo se registra en la arqueología del Quindío haciendo parte de recipientes de arcilla cocida o modelado separadamente en otros materiales. Luis Arango (1924) hace dos referencias de este desdentado: uno en arcilla cocida, extraído de una guaca de La Soledad, otro, de "forma natural", elaborado en oro fino. Tazas medianas con pedestal troncónico bajo con amplias aberturas rectangulares dispuestas verticalmente, fueron igualmente observadas por mí en una de las colecciones particulares en Santo Domingo. Estos utensilios, que acaso pudieran ser sahumeros, aparecen decorados con simbolismos geométricos y curvilíneos incisos. Debo añadir que los campesinos me hablaron de torteros de arcilla cocida con sonajero decorados con incisiones como los recipientes.

La circunstancia de no haber logrado conocer las colecciones completas y la de que, en cada caso, los campesinos tenían revuelta la cerámica de las diversas tumbas, me impidió formarme un juicio más completo de ésta. Si en la zona arqueológica, a la que corresponden los datos de este pequeño trabajo, pudieran realizarse

un día, antes de su completo saqueo, investigaciones sistemáticas intensas, estoy seguro de las grandes sorpresas, que compensarían el esfuerzo de los arqueólogos.

De material lítico se me permitió ver y observar varias hachas petaloides finas y una hermosa piedra rectangular (60×40 cmts. aproximadamente) fina, casi plana, aparentemente destinada a la molienda de granos, pero más probablemente para el laboreo del oro.

5º Los Petroglifos (Fig. 4). En parte alta y dominando hacia el NE la depresión de que he hablado antes, yace lo que los habitantes de las mencionadas veredas denominan "piedra errada", en medio de malezas y montaña. Se trata de los interesantes litoglifos, que tuve la suerte de conocer y de copiar. Tres inmensas e irregulares masas pétreas cretáceas forman, en su unión, una especie de pasillo o corredor abierto hacia el NE. En dos de las superficies, algo planas, del interior, una casi vertical de aproximadamente 4 metros en longitud por un metro con veinte centímetros de altura, y otra inclinada de afuera hacia adentro, irregular y mediana, aparecen signos grabados. Los símbolos correspondientes a esta última superficie, por haber estado inmediatos al contacto y acción del hombre, habían sido dañados por enmendaduras, letreos y rayados recientes. Por ello, me limité a reproducir los glifos del friso vertical, el mejor conservado.

Con el fin de extraer supuestos tesoros, un ingeniero había hecho abrir recientemente una profunda chamba o corte por debajo de estos bloques pétreos, pero a la larga hubo de suspender trabajos en vista del natural fracaso.

Como puede apreciarse en el dibujo adjunto a esta pequeña memoria, se trata principalmente de representaciones y caras antropomorfas muy esquematizadas, algunas con enigmáticos atributos curvilíneos o espiraloides, asociados a signos biomorfos y a espirales. El esquema espiroidal tiene aquí particular importancia. Aparecen también líneas onduladas, zig-zags, una doble figura triangular y un esquema fitomorfo.

Las imágenes de este friso son relativamente grandes (35 y 40 cmts. las mayores), de factura tosca, logradas a base de un cincelado ancho (2 cmts. en promedio) y poco profundo (5 mm.). El escaso y casi nulo patinaje, comparativamente con el que muestran otros litoglifos colombianos que he examinado en condiciones similares, me lleva a la convicción de que este trabajo escultórico se llevó a cabo en tiempos próximos a la Conquista española.

Aparte de las ya indicadas en relación directa con la cerámica, anotamos brevemente algunos paralelismos tocantes a otros hechos culturales registrados en el alto río Minero y, en general, en la hoya del Magdalena.

Al revisar cuidadosamente el inmenso fárrago de datos de varios lugares del país acumulados por el célebre guaquero y excelente observador Luis Arango C. en su libro "Recuerdos de la Guaquería en el Quindío" (1924), he encontrado noticias del más grande interés para el presente caso. En San Cayetano —dice Arango— los indios ricos eran enterrados "a dos o tres varas de profundidad, en cajas de lajas de piedra, labradas éstas a codal y escuadra". Complementa esta oportuna información con otro testimonio no menos valioso que encuentro también en su libro. Señala que "en La María, cerca de San Cayetano (Boyacá) sacaron un cancel de 2 v. de largo por 1 v. d. y 2 de p.; todas las piedras de la caja y tapa eran labradas a codal y escuadra; al ajustarse queda la caja como de una sola pieza, pues quedaba herméticamente cerrada. En ella se hallaron dos cadáveres, uno de ellos con un sombrero de palmiche. . . El sombrero tenía ala y era de bonita forma, sirviéndole a cualquier persona. Seguramente el forro de hojas del monte era para evitar que pudiera el agua penetrar hasta la cabeza del indio". A continuación agrega que "a 500 metros de distancia sacaron un cancel de piedra; los lastres eran labrados a codal y escuadra; el cajón era de 2 v. de longitud, 1 m. de d. y 3 v. de profundidad. Dos cadáveres, uno de ellos con dos y media libras de oro fino en alhajas. Al otro cadáver se le hallaron tres esmeraldas, una de ellas teniendo en una punta un orificio; fueron vendidas por 1.200 pesos oro". San Cayetano, lo mismo que Muzo, hace parte de la zona arqueológica que consideramos del río Minero. Los datos de Arango refuerzan las observaciones hechas por mí sobre el terreno mismo y aclaran muchas de las informaciones recibidas de los guaqueros. Las tumbas de corte o sección rectangular o "de cajón", forradas con losas sepulcrales, no se limitan a la región de Santo Domingo y Cañaveral, sino que cubrieron un área muy amplia en esta parte de la ribera derecha del río Magdalena. Para lograr uniones perfectas, las piedras planas fueron talladas en sus contornos, prácticamente a "escuadra", como lo anota Arango. Nos aclara también que en esta clase de sepulcros se colocaba uno o más cadáveres con buena suma de riqueza en oro y esmeraldas, tal como me lo informaron personalmente algunos de los buscadores de tesoros de Santo Domingo.

Los territorios de Muzo, Buenavista, Coper, Maripí, San Cayetano, etc., son de frecuentes lluvias, montañosos y húmedos. Por ello, es bien sorprendente el hallazgo de que habla el señor Arango, a saber, del sombrero de palma que tenía uno de los cadáveres y que podía servirle a cualquier persona. Solo bajo excepcionales condiciones de protección, que son difíciles de imaginar en estas comarcas, podría mantenerse casi intacto por largo tiempo un elemento de carácter orgánico de la naturaleza indicada. Por tanto, el hallazgo en cuestión, lleva a pensar en una inhumación relativamente reciente. Pudo ocurrir quizás unos pocos años antes de la Conquista o en el momento de ésta. Querría esto decir que, al menos, las últimas tumbas enchapadas en piedra, fueron obra de los nativos encontrados dominando el lugar, a saber, los Colima-Muzo.

Grande importancia tiene el hecho de que esta misma categoría de tumbas con paredes, piso y techo, enchapadas con piedras lisas o lajas, planas y de bordes regularizados en escuadra, aparezcan en forma absolutamente idéntica y muy frecuentemente en el Quindío, en el sur del Tolima y en otras regiones al occidente del río Magdalena. De necrópolis cercanas a Armenia, han extraído los guaqueros, según testimonios del señor Arango, numerosas sepulturas de "cajones de piedra con los ajustes cementados con barro blanco". En alrededores de Pereira "han sacado tumbas de cajón o cancel, forradas en lajas de piedra". En los "dominios del rey Calarcá, en La Soledad, fue excavada una tumba matecañera de dos cajones de 12 v. de largo por 10 p. Bóveda en forma de chuspa, formada con lajas de piedra", anota igualmente Arango. En el sitio de El Espejo fueron sacadas "hermosísimas cajas de piedra hechas de anchos lastres de piedra, cementadas con tierra blanca en sus ajustes, quedando así un verdadero ataúd de piedra". Menciona también el caso de la hacienda de La Hermosa, en cuyas cercanías "han excavado tumbas de cajas de piedra, estando las piedras labradas a codal y escuadra". De los numerosos sitios arqueológicos del Quindío señalados por Luis Arango y en los cuales tanto él como sus compañeros de guaquería han abierto tumbas de cajón forradas totalmente con finas y regulares losas sepulcrales, anoto los de Salento, El Espejo, San Pedro, Río Azul, Hojas Anchas, El Rosario, El Guanábano, etc. La existencia tan acentuada de la mencionada clase de sepulcros hizo decir al señor Arango que "los sepulcros de cajas de piedra, han sido muy frecuentemente registrados por los guaqueros en el Quindío".

En otros lugares del occidente colombiano se han encontrado sepulcros de igual clase. Castellanos (1914) habla, por ejemplo, de los ricos sepulcros de Guaca tapizados con losas de piedra, y Andrés Posada Arango (1871) apunta que en las localidades de Angostura y Yarumal hay tumbas de cajón "formadas de grandes piedras clavadas, donde está acomodado el esqueleto, con sus vasijas, joyas, etc.". En el sur del Tolima, según el guaquero Arango, aparecen tumbas de la misma clase en diversos lugares.

De acuerdo con Félix Mejía (1945), las tumbas de ~~pizo~~ con cámara lateral se registran en el cementerio indígena de La Cimitarra, cerca a la población de Landázuri, sobre la carretera del Carare y a unos 70 kilómetros de Puerto Boyacá, en el río Magdalena. Como puede apreciarse en un mapa, el sitio arqueológico mencionado es continuación septentrional de la comarca que he visitado. Sobra señalar que este tipo de tumbas es uno de los más corrientes en la extensa región quindiana, así como también en el Cauca, Valle del Cauca y Antioquia.

Creo que la costumbre registrada por mí en La Belleza (Santander), consistente en la envoltura dada a los cadáveres plegados con abundantes hojas y ramas de diversas plantas, se corresponde perfectamente con prácticas similares del Quindío. Sobre el particular refiere Luis Arango que "los muertos a veces eran envueltos en barro, cera, hojas de palma, esteras de guasca, etc.". Si en Santo Domingo y Cañaveral los guaqueros no han dado cuenta de una costumbre similar a la observada en La Belleza, quizás ello se deba a la excesiva humedad del terreno, pues, mientras en este último lugar las tumbas que contenían cadáveres envueltos como queda señalado, habían sido abiertas en el piso de una cueva sepulcral muy seca, en aquéllos los sepulcros fueron cavados en campo abierto.

Una de las más importantes características culturales de la arqueología de la hoya del Magdalena es, sin duda, el entierro secundario en urnas de arcilla cocida, acompañado, en varios casos, de la incineración de los huesos del muerto. No es improbable que la cremación de los huesos se haya practicado también en la zona arqueológica por mí examinada. Los guaqueros de Santo Domingo solo me hablaron insistentemente de huesos rotos colocados dentro de cántaros medianos tapados con otras vasijas. Acaso por la circunstancia de que las capas de terreno en esta comarca son negruzcas por razón de los componentes de los estratos superficiales (pizarras, carbones minerales, arcillas grisáceas), y, además, porque la atención de aquéllos iba expresamente dirigida al encuen-

tro del oro y las esmeraldas, hayan pasado desapercibidos detalles referentes a una posible calcinación. De todas maneras, el entierro secundario se realizó aquí como en otros sitios de las riberas derecha (Ocaña, Ricaurte, Anapoima, etc.) e izquierda (río de La Miel, el Espinal, Guarinó, etc.) del río Magdalena.

El entierro secundario acompañado de incineración fue amplia e intensamente practicado en el Quindío y, de uso frecuente, también, en territorio pijao, lo mismo que en el Cauca, Valle del Cauca y en Antioquia, habiendo alcanzado, por el norte, hasta el Sinú. Veamos algunas referencias. “Los reyes del pueblo de La Soledad —dice el guaquero Arango— la mayoría fueron quemados con sus adornos personales y coronas; tanto los despojos mortales convertidos en carbón y sin oro estaban dentro de grandes cántaros cocidos, dentro de la bóveda, al sistema de los senúes y cenufanaes”. En la región de El Rosario, cerca de Manizales, “han sacado cántaros llenos de huesos humanos quemados junto con huesos de cuadrúpedos igualmente quemados, que se confundían con los restos humanos”. Manifiesta el mismo Arango que cerca del pueblo de Quimbaya “han sacado de las guacas cántaros con esqueletos quemados, junto con huesos de animales quemados”, y agrega que tanto del sitio de La Soledad como de la región del Espejo han extraído ollas con huesos humanos incinerados. Bastian (citado por Eckert) refiere que de tumbas cercanas a Pereira han extraído urnas con huesos humanos quemados junto con carbones. En la región de Aburrá fueron excavadas varias urnas con cráneos humanos y restos de cenizas. También en proximidades de San Vicente (Antioquia) se han exhumado “jarras” de arcilla cocida repletas de huesos calcinados. De tumbas exploradas en La Loma, cerca de Cali, lo mismo que en Santa Rosa y en Las Pavas, fueron sacadas vasijas con huesos humanos incinerados. De las sepulturas de la región de Popayán y de las guacas de Belalcázar, han extraído vasijas llenas de huesos humanos cremados. Tanto en territorios caucanos como en el norte de Colombia han sido registrados casos en que los restos óseos humanos convertidos en cenizas por el fuego fueron conservados en las casas. Refiere Posada Arango (1871) que varias tribus de Santa Marta y Popayán quemaban los suyos y depositaban las cenizas en urnas u ollas de barro que guardaban en sus habitaciones. Añota Luis Arango que en los sepulcros del Sinú aparecen frecuentemente cántaros llenos de huesos humanos quemados.

De todos estos testimonios resulta que, en términos generales, la inhumación de carácter secundario acompañada, en múltiples

casos, de la incineración, abarca en Colombia una amplia extensión geográfica que, partiendo de la cuenca del alto y bajo Magdalena, se extiende en abanico por el occidente y el norte del país.

Los petroglifos de Cañaveral presentan notables analogías estilísticas y formales con los de Paz del Río, Tasco, ribera izquierda del río Chicamocha (entre Corrales y Paz del Río), Rondón, etc., recientemente descubiertos por mí, en el Departamento de Boyacá. Incluso creo que se corresponden cronológicamente pues a juzgar por la pátina, unos y otros son relativamente recientes. En una memoria hace poco publicada en la Revista del Instituto Colombiano de Antropología, a propósito de los petroglifos de El Encanto (Florencia-alto Caquetá), señalé para éstos la existencia de dos épocas de grabado, de las cuales la reciente estuvo muy próxima a la Conquista (1963). Los numerosos y variados petroglifos por mí examinados me permiten, fundadamente, hablar de dos capas de grabados en Colombia, de las cuales la última terminó solo pasados los primeros años de la Conquista, según lo hemos constatado en litoglifos de las montañas de Sogamoso (Boyacá) y en varios que tuve oportunidad de registrar en el Páramo de las Letras, en el Departamento del Cauca.

No puedo dejar de señalar aquí un paralelo altamente significativo y que viene en apoyo de la atribución que he dado a los glifos de Cañaveral. Al comparar los grabados de este lugar boyacense con los que Ferdinand Denis (1863) trae de un sitio no precisado de las riberas del Yapurá (en el Brasil), encuentro una sorprendente similitud tanto en lo estilístico como en lo formal. Si, por ejemplo, a un arqueólogo profesional, que ignorara la ubicación de unos y otros, se le mostraran los dibujos o las fotografías de los respectivos litoglifos, estoy seguro que no vacilaría en asignarles igual procedencia y hasta la misma mano ejecutora.

COMENTARIOS GENERALES

El territorio que fue objeto del examen ocular que acabo de realizar hacía parte de la extensa comarca que, en el momento de la llegada de los españoles, dominaban pueblos de estirpe karib, a saber, Colimas y Muzos quienes, en plan de dominio y conquista, se acercaban a Chiquinquirá arrebatándole terrenos a los chibchas, cuyos dominios alcanzaban primitivamente la ribera derecha del río Magdalena.

Es absolutamente seguro que a la entrada de los españoles los muiscas ocupaban aún el territorio de Santo Domingo y Cañave-

ral, al W de Buenavista, pues un poco al norte, en La Belleza (Santander), registré en 1943 como ajuar funerario en las tumbas, cuentas de vidrio de indudable origen peninsular (1963).

Aunque en forma no del todo pacífica y seguramente favorecida por la necesidad de intercambio comercial, la coexistencia entre chibchas y tribus Colima-Muzo debió cubrir un tiempo considerable, a juzgar, además, por hechos como los siguientes: separación de cementerios; mutuo influjo cultural, manifiesto especialmente en la cerámica y en las prácticas funerarias, aunque para los más lejanos tiempos no descartamos la posibilidad de una acción cultural sobre los muiscas por parte de pueblos de etnia karib distintos y anteriores a los Colima-Muzo; la toponimia, relativamente abundante y ampliamente extendida, caracterizada por la terminación *pi* o *pa*: *capacapi* (cerro), *puripí* (lugar), *chipipí* (sitio), *aripí* (pueblo), *bokipí* (pueblo), *kinampí* (pueblo), *carupa* (cerro), *chakipa* (lugar), *mencipa* (río), etc. De todas maneras, creo que los petroglifos de Cañaveral, que los juzgo recientes, fueron obra de estas tribus. Debo agregar que el estilo de la espiral y de la línea ondulada de la cerámica de algunas vasijas del complejo cultural de que he hablado antes recuerda mucho el de los petroglifos (Figs. 2-4).

Las montañas de Santo Domingo y Cañaveral (del Municipio de Buenavista), así como las de Muzo, Coper, Maripí, San Cayetano, etc., guardan grandes riquezas esmeraldíferas, que se han venido explotando desde tiempos inmemoriales. No es por ello, dudoso el que, aparte de la sal y de los textiles de los chibchas, las esmeraldas hayan estimulado en estas comarcas un intenso tráfico comercial, que originó acumulación de riquezas en manos de los nuevos inmigrantes, que pronto se constituyeron en dirigentes de la región y en dominadores de los muiscas. Las famosas tumbas enchapadas con losas de piedra, talladas a escuadra para formar especies de ataúdes, de los cuales han sacado los guaqueros considerables fortunas, son un claro testimonio de este fenómeno social ocurrido en el pasado.

Fuera de la cerámica y de los torteros o volantes para el huso, en piedra, expresiones culturales chibchas en el territorio que visitamos son la tumba de pozo muy poco profundo (0m.90, 1m.20, 1m.40) con o sin tapa de piedra; el entierro de carbones vegetales en hoyos directamente o en vasijas de barro cocido; la inhumación de arenas finas de quebrada, y la de piedras medianas, enteras o fragmentadas, en fosos abiertos especialmente para ello. Tanto la tumba de pozo (de corte circular u oval), como la inhu-

mación de carbones de leña en huecos cavados expresamente, o en vasijas o fragmentos de éstas, los registramos en 1943 en el sitio de La Belleza, en donde también constaté, varias veces, el caso de cenizas vegetales abundantes, enfardeladas en hojas y ramas de diversas plantas a la manera de lo que se hizo con los cadáveres. Los paquetes así formados estaban dispuestos al lado del muerto como ajuar. Varias de estas costumbres, que sin duda respondían a ritos y cultos muy importantes entre los chibchas, las he registrado, con algunas variantes, en la sabana de Bogotá, en Tunja, Sogamoso y otros lugares del país muisca.

La inhumación de restos óseos humanos en fragmentos de arcilla cocida, que varias veces se ha registrado en territorio muisca, es un asunto un tanto problemático. Si bien una tal costumbre, de probable origen centroamericano aportada por pueblos karib-arawak, puede suponer un enterramiento secundario con inhumación parcial de los restos esqueléticos en vasijas muertas mediante rotura intencional de las mismas, son necesarias nuevas constataciones sistemáticamente registradas para aclarar la cuestión. Entre tanto, es muy significativo el hecho de que en el Quindío, según Luis Arango, se hayan registrado varios casos de inhumación de cadáveres cercenados acompañados de figuras antropomorfas o estatuillas de arcilla cocida, rotas intencionalmente.

Las formas y estilos ornamentales cerámicos, que en parte identifico con los de Ricaurte, río de La Miel y el Espinal, y en parte con los de la alfarería de La Cimitarra; el entierro secundario en urnas y las piedras finas rectangulares para la molienda de granos o, más probablemente, para la preparación del oro; la tumba rectangular o cuadrangular tapizada cuidadosa y totalmente con losas de piedra, y, posiblemente, la tumba de pozo profundo con cámara lateral, que también aparece en La Cimitarra, todo esto, amén de otros elementos antes señalados, hace parte de un conjunto de culturas emparentadas y con múltiples rasgos comunes, que tuvieron como asiento las riberas derecha e izquierda del río Magdalena.

El área de distribución del entierro secundario acompañado de la incineración, y la tumba enchapada o forrada con losas sepulcrales coincide, en términos generales, por una parte, con la de otros caracteres culturales como el sepulcro de pozo generalmente profundo con cámara lateral y la deformación de brazos y piernas, y, por otra, con la zona de distribución lingüística de filiación karib establecida por Rivet (1943). Algo más. Los datos proporcionados por la arqueología parecen señalar una unidad cultural

básica más compacta y sin soluciones de continuidad que la indicada por la lingüística y la toponimia, pues como se ha visto, la cremación de los muertos, por ejemplo, aparece en territorios considerados como pijao. Otro tanto se puede decir con respecto a varios estilos y formas de la cerámica y de la orfebrería.

Infortunadamente, no pude establecer plena claridad sobre la clase de recipientes contentivos de los restos incinerados del muerto. Por los informes recibidos, solo pude plantear la probabilidad de que en Santo Domingo y Cañaveral algunas de las urnas funerarias exhiban representación modelada de la figura humana. Repetidamente se me habló de una vasija grande —que por desconfianza no se me quiso señalar— que mostraba un “indio de cuerpo entero pintado”. Es posible que tal vasija haya sido una urna funeraria. De estar presente la imagen del ser humano, sea en forma modelada, pintada o incisa, en los recipientes que guardaron y guardan los despojos incinerados, estaríamos en el camino de conocer la razón de la destrucción completa del muerto ya que razonablemente se podría pensar en la sustitución de éste por su imagen o retrato. En el caso de las vasijas antropomorfas o con tapas provistas de la figura humana modelada, presentadas por Gerardo y Alicia Reichel-Dolmatoff (1943), que sirvieron de depósitos a los restos humanos, no creo que exista duda sobre el particular. Para los Quimbayas y otros pueblos, no da Luis Arango referencia precisa sobre este punto, pues solo se limita a indicar la frecuente exhumación de cántaros con huesos incinerados. De todas maneras, creo que los vasos-retrato, lo mismo que algunas figuras antropomorfas en oro y en arcilla cocida, las máscaras, las imágenes esculpidas (de todo el cuerpo o solo de la cara) en losas de piedra y el cabello humano, que los guaqueros han encontrado en tumbas tanto del Quindío como de otros lugares, han de interpretarse dentro de esta línea conceptual de sustitución de la persona humana con todas sus cualidades y atributos. Los vasos-retrato, aunque estilísticamente diferentes, en muchos casos responden, seguramente, a una ideología común relacionada principalmente con la conservación del individuo (muerto), provisto de sus rasgos físicos y ornamentales característicos, con vista al cumplimiento de fines sociales y mágicos, no importa que su forma corporal natural haya desaparecido bajo la tierra. Pienso no obstante que, por razones de la eminente fuerza mágica de algunos individuos (muertos), y en observancia de un “tabú de tierra”, fue necesario, aparte del símbolo, guardar en recipientes (urnas) los restos humanos convertidos en cenizas por medio del fuego.

El orden cronológico correspondiente a las culturas que acabo de registrar en las mencionadas fracciones del Municipio de Buenavista se desconoce. Fue una gran lástima no haber podido realizar una prueba arqueológica directa, que hubiera podido orientar sobre el particular. Sin embargo, conviene tener en cuenta dos hechos importantes: 1º Los litoglifos de Cañaveral son, sin la menor duda, ejecutados poco antes de la Conquista por los Colima-Muzo; 2º Si para el valle de Sogamoso disponemos hoy de un registro cronológico que, calculado retrospectivamente partiendo de este año, es de 1.655, más o menos 50 años, según el análisis del C-14 practicado en muestras orgánicas enviadas por mí al Groningen C-14 Laboratory de Holanda, por intermedio del Instituto Colombiano de Antropología, puede fundadamente sospecharse una edad aún mayor para los más tempranos restos culturales dejados por los muiscas en la hoya del Magdalena, pues, por las características y asociaciones, las muestras analizadas de Sogamoso, corresponden a un desarrollo avanzado de la civilización chibcha. Por tanto, no es improbable que exista un substrato de dicha cultura bien anterior a una o más ocupaciones de pueblos de estirpe karib en esta parte de la cuenca del mencionado río. Corrobora esta hipótesis la marcada tendencia de los antropólogos a señalar a las migraciones karib un tiempo relativamente reciente y, en general, posterior a los grandes movimientos arawak.

Si bien los datos presentados en esta corta memoria no permiten la formulación de un juicio sobre el problema del origen y desarrollo de las viejas culturas de la hoya del Magdalena, sí constituyen valiosos elementos que, con los ya adquiridos por la ciencia americanista y los de posteriores investigaciones, ayudarán a integrar el conocimiento de la prehistoria de una de las regiones más importantes para la arqueología colombiana.

BIBLIOGRAFIA

- ARANGO C. LUIS. — *Recuerdos de la Guaquería en el Quindío*. Tomos I y II y Suplemento, Bogotá, 1924.
- CASTELLANOS JUAN. — *Elegías de Varones Ilustres de Indias*. Madrid, 1914.
- DENIS FERDINAND M. — *L'Univers, ou Histoire et Description de tous les peuples*. Paris, 1863.
- ECKERT GEORG. — *Totenkult und lehensglaube im Cacucatal*. Berlín, 1948.
- JIMÉNEZ ARBELÁEZ EDITH Y OCHOA SIERRA BLANCA. — *Cerámica Panche*. Revista del Instituto Etnológico Nacional. Vol. I. Entrega 2, Bogotá, 1944.

- MEJÍA FÉLIX. — *Cementerio Indígena de La Cimitarra*. Boletín de Arqueología. Vol. I, Tomo II, Bogotá, 1945.
- OCHOA SIERRA BLANCA. — *Los Panches*. Boletín de Arqueología, Nº 4, Bogotá, 1945.
- POSADA ARANGO ANDRÉS. — *Ensayo Etnográfico sobre los Aborígenes del Estado de Antioquia, en Colombia*. París, 1871.
- REICHEL-DOLMATOFF GERARDO Y DUSSÁN DE REICHEL ALICIA. — *Las urnas funerarias de la cuenca del río Magdalena*. Revista del Instituto Etnológico Nacional. Vol. I. Entrega 1ª, 1943, Bogotá.
- RIVET PAUL. — *La influencia Karib en Colombia*. Revista del Instituto Etnológico Nacional. Vol. I. Entrega 1ª, 1943, Bogotá.
- SILVA CELIS ELIÉCER. — *Relación preliminar de las investigaciones arqueológicas realizadas en "La Belleza", Santander*. Boletín de Arqueología, Vol. II, Nº 1, 1946, Bogotá.
- SILVA CELIS ELIÉCER. — *Los Petroglifos de "El Encanto" (Florencia-Caquetá)*. Revista Colombiana de Antropología. Vol. XII, 1963, Bogotá.

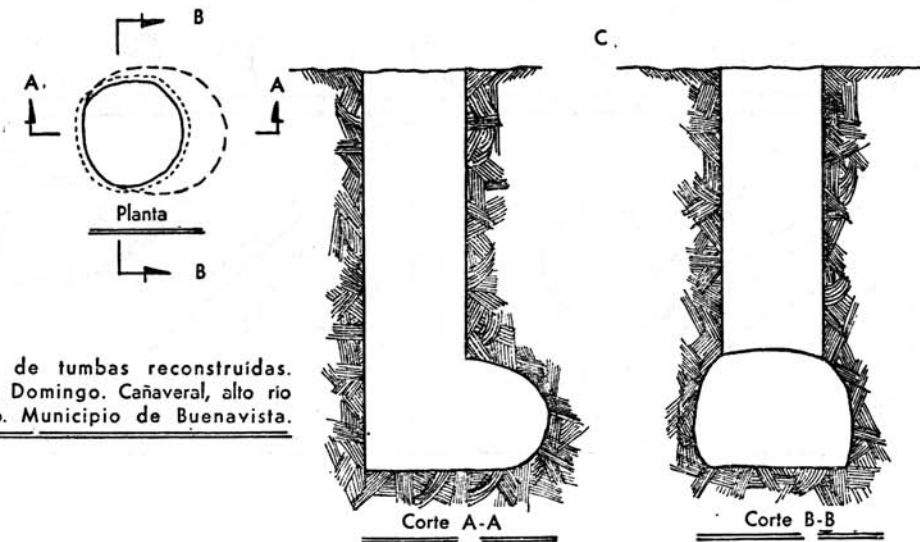
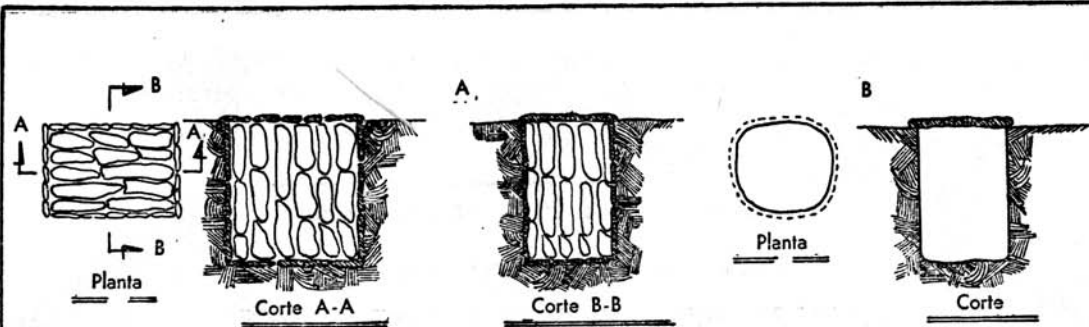


Fig. 1
 Tipos de tumbas reconstruidas.
 Santo Domingo. Cañaveral, alto río
 Minero. Municipio de Buenavista.

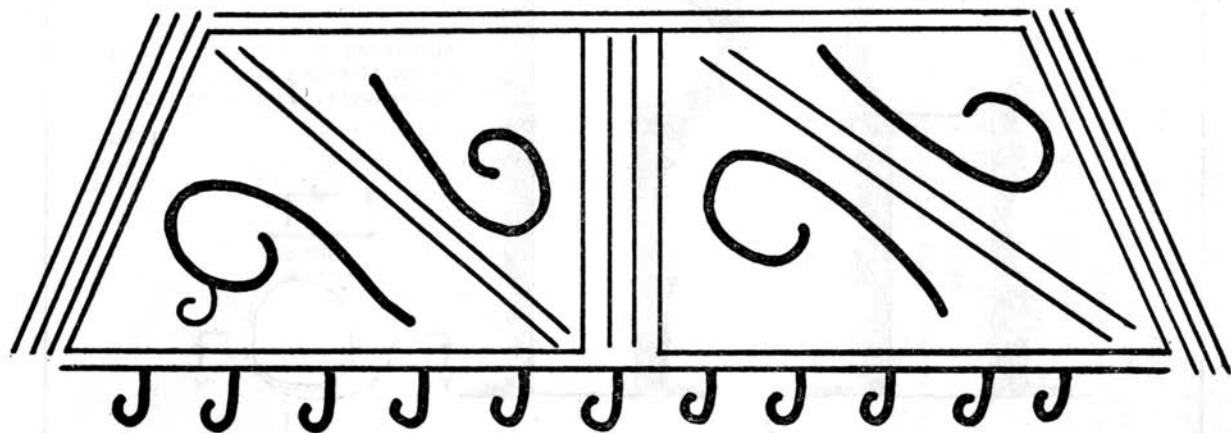


Fig. 2 — Conjunto ornamental inciso, típico, a tamaño natural, en una vasija de cuerpo globular mediano, del complejo cultural del alto río Minero.

Santo Domingo — Cañaveral. Buenavista.

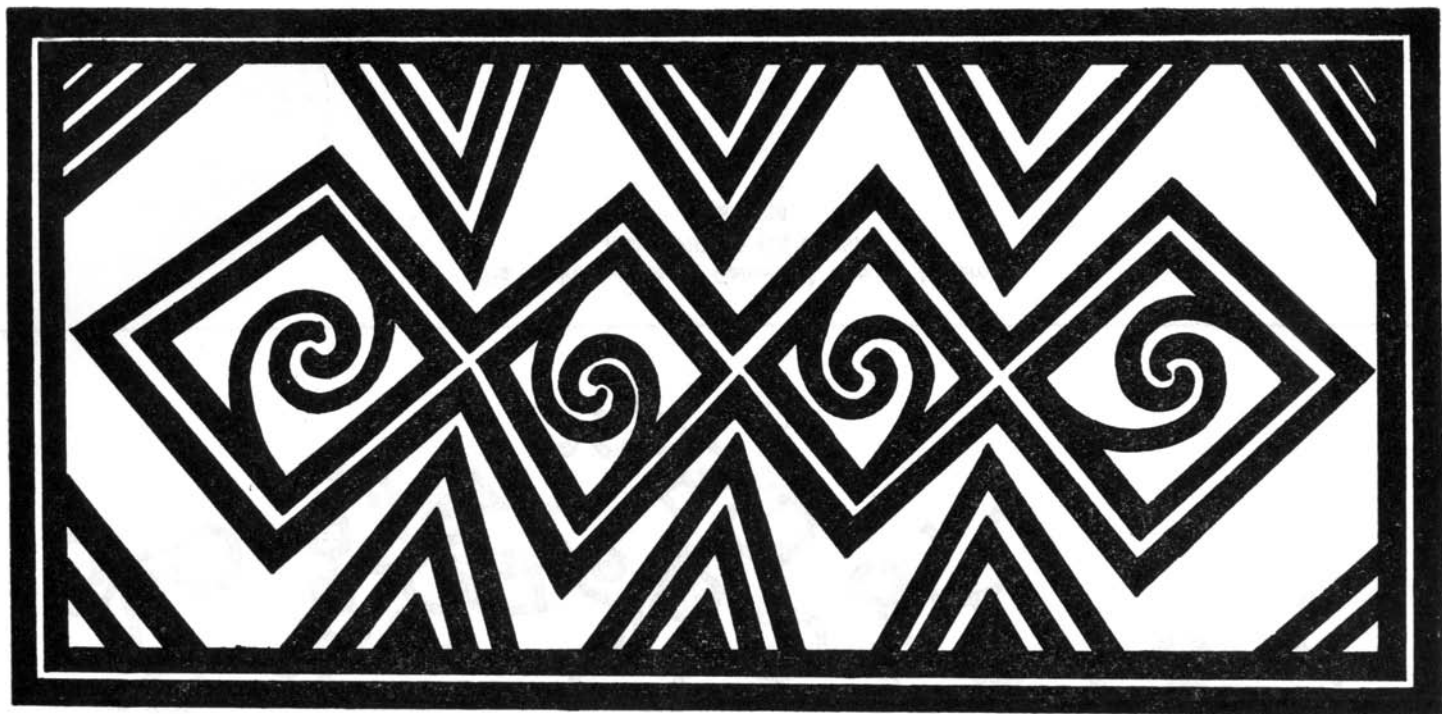


Fig. 3 — Conjunto decorativo pintado (rojos sobre crema), a tamaño natural, en una vasija antropomorfa, del complejo cultural del alto río Minero.

Santo Domingo — Cañaverál. Buenavista.

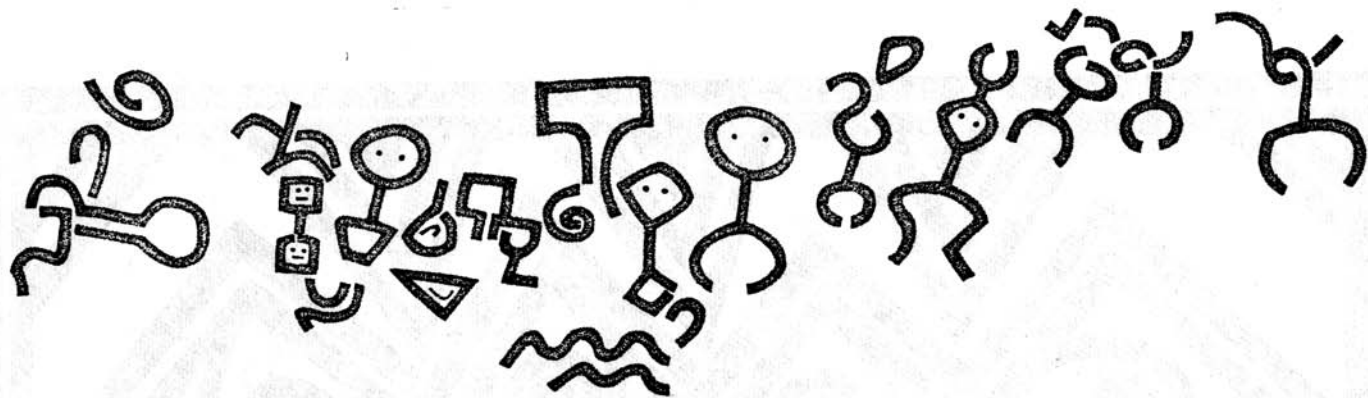


Fig. 4 – Petroglifos de Cañaveral, alto río Minero.
MUNICIPIO DE BUENAVISTA
Escala 1:10